

# Yuval Noah Harari: una lectura crítica del siglo XXI

Aida Betzabe Vargas-Bernache

Del autor de *Sapiens*

Yuval Noah Harari

## 21 lecciones para el siglo XXI



DEBATE

Yuval Noah Harari, *21 lecciones para el siglo XXI*, ISBN: 8499928676, Barcelona, Debate, 408 pp.

Desde que el ser humano abandonó las copas de los árboles y las grandes praderas de África, ha dejado una huella más fuerte y percedera que los antílopes o mamuts que cazaba, una huella que se ha hecho más evidente en este último siglo mediante la inteligencia artificial (IA), la biotecnología (con la que juega a ser Dios), las nuevas políticas y economías, pasando por las comunicaciones, religiones y la misma sociedad. Yuval Noah Harari nos expone de manera clara, sencilla, pero al mismo tiempo objetiva y reflexiva, este último siglo, que recién parece mostrar su rostro ambiguo.

El autor pone las cartas sobre la mesa a la hora de analizar y debatir distintos aspectos. Dividido en cuatro partes, el libro explora temas fundamentales, comenzando con el desafío tecnológico en el capítulo “Decepción”. No muchos escritores usarían un título que inmediatamente nos remite a aquello que intentamos negar o reprimir. En los apartados “Trabajo” y “Libertad e igualdad”, el autor describe, sin máscaras de “optimismo falseable”<sup>1</sup> o “desesperación apocalíptica”, la historia y realidad de la política actual, y resume que la democracia, hija del liberalismo (forjado en los siglos XVIII y XIX), no está lista para la irrupción de la tecnología, “que vino para quedarse” desde que en 1997 Deep Blue le ganó Kaspárov en un partido de ajedrez. Los paradigmas que la obra plantea son inquietantes pero fascinantes. ¿Es mejor dejar a un autómata o a un algoritmo realizar todas las tareas humanas, desde conducir un automóvil, programar e inventar gustos musicales hasta decidir la naturaleza de una guerra o un asunto de concepción? El autor invita a sociólogos, filósofos, abogados, científicos y antropólogos a formular un nuevo código de ética que pueda alumbrar el camino que hemos construido. Esta era de automatización conlleva la posibilidad de que nos volvamos “irrelevantes” al modificar nuestro ambiente y a nosotros mismos. Podría ser contraproducente confiar toda nuestra vida, identidad y guía moral a los algoritmos, convertirnos en ‘esclavos’ o “especies mejoradas” que viven dentro de una matriz controlada por unos pocos que poseen “todos los datos”. No me agrada la idea de que mi celular, computadora o una aplicación armen mis

<sup>1</sup> Todas las citas concernientes a *21 lecciones para el siglo XXI* corresponden a Harari, 2018.

*playlists*, elijan películas o me clasifiquen sólo por mi rutina diaria. El relato de *Matrix* (1999) puede o no hacerse real, todo depende de a quién o a qué le estamos dando nuestra información personal y qué tan conscientes estamos a la hora de comprar un artículo o elegir una canción. Hay que dejar que la tecnología sea una herramienta o asistente de trabajo y no nuestra sustituta. En “Adaptarse y realizarse”, Yuval nos da un punto de vista intermedio pero tranquilizador. Puede que algunos empleos se pierdan para siempre, pero eso no quiere decir que será el fin del trabajo para todos. Existen actividades que pueden cubrir las necesidades básicas y universales en cualquier ámbito. Las nuevas ofertas laborales serán gigantes: profesores *online*, programadores de videojuegos, creadores de podcasts. Otro problema que enfrentamos es el cambio climático (un mal que surgió de las entrañas del capitalismo desmedido de la Revolución industrial, otra hija del liberalismo), que ha cambiado nuestra manera de relacionarnos con el planeta y requiere propuestas sustentables en ámbitos políticos y económicos. Licenciaturas relacionadas con ciencias de la vida (biología, química, genética, ciencias ambientales) se convertirán en las carreras más demandadas en un futuro no muy lejano. Con este escenario, el autor hipotetiza que la democracia puede terminar ‘dividiendo’ a los países en oligarquías, dictaduras y neoliberalismos especulares. Al final del primer capítulo se propone la perplejidad como primer paso para configurar un nuevo relato que permita a cada nación un desarrollo tecnológico que contemple todas las caras del prisma. Pero, ¿cuánto tiempo nos quedaremos en esa etapa? Aceptar fríamente la realidad no significa que uno no haga nada. Será mejor que nos empeemos a mover. El mundo no nos esperará.

En la segunda parte del libro, el autor expone el desafío político, desglosando la realidad de las redes sociales (Facebook, como ejemplo categórico) y su amarga ironía: “en el afán de querer acercarse a las comunidades, las ha disgregado y casi extinguido”. Sin embargo, se deja entrever la esperanza de que estas empresas de datos propongan una solución al promover “comunidades en red, comunes a los intereses, gustos o fines que caractericen a cada uno”. En los capítulos “Civilización”, “Inmigración” y “Nacionalismo”, se relata cómo simples tribus humanas con diferentes orígenes, costumbres y lenguas terminaron formando países como Alemania, Francia o Estados Unidos. El cambio es y será la única constante de estas sociedades, como en el caso de México, producto del mestizaje (tanto genético como cultural) de europeos, indígenas, africanos y asiáticos. Al mismo tiempo, el mundo ha experimentado diversos

sistemas políticos y económicos, desde la teocracia y el trueque hasta la democracia y el libre comercio. Creer que nuestra nación es la única por la cual se debe vivir y morir, relato que cobró mayor fuerza durante el imperialismo del siglo XIX y las guerras mundiales del XX, terminó por hacernos olvidar que hay países vecinos con su propia identidad e historia. Con la IA ganando terreno, la amenaza de las armas nucleares y el problema del calentamiento global, el autor nos insta a tener una visión global de los problemas actuales, a ser más empáticos con lo diferente, con la 'otredad' (como diría Sartre). La discriminación, la xenofobia y el racismo no deben encontrar cabida si no queremos crear un Leviatán hobbesiano. Debemos dejar de querer imponer una "sola religión que ponga a un dios como único y verdadero". Una religión debe buscar armonía y bienestar sin importar género, lengua, color de piel, creencia o costumbres. Semejante papel lo encarnan los Juegos Olímpicos, el dólar y la ciencia, símbolos, representaciones mentales de la paz y la economía mundial.

En la tercera parte del libro, "Desesperación y esperanza", se vislumbra el lado más macabro y oscuro de la humanidad. Tanto la bomba atómica de 1945 como el polémico 11 de septiembre fueron actos ideados por gente desesperada por hacerse oír y ver en un mundo que ignoraba qué dirección tomar (la ignorancia produce los peores males). ¿Qué probabilidades tenemos de un apocalipsis nuclear o un terrorismo sin fin? El autor nos tranquiliza diciendo que, aunque Estados Unidos y otros países tengan todo listo para atacarse entre sí o llevar a cabo una invasión, la realidad es que "se acabaron las justificaciones reales para hacer una guerra que tenga sentido", no vale ni el costo humano ni monetario y las naciones prefieren resolver sus asuntos antes que izar una bandera en suelo extranjero. En cuanto al terrorismo, el autor opina que es una mascarada de miedo y odio que termina por derrumbarse en cuanto los gobiernos dejan de participar en estos juegos maquiavélicos. Esto significa que todos (incluidos los políticos) debemos enfocarnos en lo que nos ayude a vivir mejor y solucionar las cuestiones "que a primera vista no parecen importantes, pero pueden convertirse en un tsunami". No somos el centro del universo, tan sólo la vida que intenta reconocerse a sí misma en un ambiente cambiante. Es curioso cómo en "Humildad", el autor, de nacionalidad israelí, cuestiona las creencias de su país para finalmente concluir que es una nación como tantas otras, con un pequeño papel dentro de la historia. En el polémico capítulo "Dios", se declara que el hombre forja su propia idea de lo divino desde tiempos inmemoriales. Los libros sagrados

ofrecen normas y consuelo a millones, pero fueron escritos cuando los humanos vivían en tribus de apenas unos cuantos individuos donde era importante permanecer unidos para sobrevivir. Esto ocurre en nuestro siglo, pero con distinta magnitud, a una escala global donde ocurren tantas situaciones que difícilmente caben dentro de una sola categoría. Puedo creer, rezar o ir a la iglesia de mi elección siempre y cuando yo sea amorosa, compasiva y equitativa. Una persona egoísta o un lugar donde se promueve el odio y el miedo terminan siendo peligrosos, independientemente de la religión a la que pertenecen. Yuval afirma: "Aceptar nuestras sombras es una gran lección que nos enseña el Laicismo. Si algo pueden enseñar con el ejemplo, son los valores de compasión, responsabilidad, valentía, libertad e igualdad. Son sus principios fundamentales al comprender lo que la injusticia y el sufrimiento causan en el mundo".

Esto no quiere decir que debemos abandonar nuestra religión o justificar el mal proceder, sino actuar con rectitud y conciencia de que lo que hacemos hoy repercutirá en la historia futura. Eso es libertad y verdad en su sentido más puro, aspiración de ilustradores como Voltaire y Rousseau. Conuerdo con el autor al fiarme de alguien que admite su "lado oscuro, sus defectos, su sombra", pero que se esfuerza por convertirlos en luz y humildad.

Pero si nuestra civilización ha estado sostenida por relatos, como sostiene Yuval, ¿qué nos queda? ¿Aceptar una posverdad nihilista donde todo es artificial y carente de sentido? ¿O tal vez simplemente debemos optar por una visión más sencilla y realista? Las partes cuatro y cinco del libro, "Verdad" y "Resiliencia", explican cómo, a lo largo de la historia, el hombre ha tratado de definirse, encontrar las causas y consecuencias de sus acciones, y se ha servido de metáforas para diferenciar lo bueno de lo malo. En "Significado", el autor defiende la idea de que la vida no es un relato y pone de ejemplo las narrativas fascistas y de Disney, que ofrecen una visión alterada de la realidad. El ser humano siempre querrá contar a otros sus experiencias y emociones, los relatos seguirán existiendo, no han perdido su pericia y encanto, nos permiten comprender que la vida es más compleja de lo que aparenta. Sobre la educación, Yuval asegura que ésta ya no debe ser usada como un 'adorno' para conseguir poder o estatus. Por el contrario, necesita ser adaptativa e instruir valores que permitan a una persona dejar una huella en el mundo sin que afecte a otros. Asimismo, señala que debemos prescindir de puntos de vista minimalistas, chantajistas, dogmas autoritarios o teorías conspirativas. Es hora de un pensamiento global y no individualista. Yuval nos ofrece una guía fiable para nosotros

y nuestros descendientes. Uno: el cambio es inevitable. Dos: nuestras vidas tal vez no sean los relatos que hemos creído por siglos, somos simplemente una creación que evolucionó, tiene consciencia de sí misma y construye su propio destino. Tres: se debe observar y meditar sobre la realidad. Hay que concentrarse en lo que ocurre en este instante para darnos cuenta de a dónde nos dirigimos. Como conclusión, quizás el único himno y bandera que caracteriza a este siglo, hijo de las revoluciones industriales, los movimientos liberales, capitalistas y socialistas, con olor a pólvora y plutonio, pero también a tecnologías, sea una frase atribuida a los existencialistas: “Somos consciencia tirada a mundo, donde el mundo ya es... y lo seguimos creando”.



*Nervios* (2020). Fotografía Fine Art: Frank Diamond.

Prohibida su reproducción en obras derivadas.

**AIDA BETZABE VARGAS BERNACHE.** Licenciada en Biología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Profesora de biología, literatura e historia, y divulgadora cultural.

*Recibido:* 6 de diciembre de 2020

*Aprobado:* 20 de febrero de 2021